

Los orígenes del nacionalismo catalán, 1770-1898

Angel Smith



ANGEL SMITH

**LOS ORÍGENES
DEL NACIONALISMO
CATALÁN,
1770-1898**

Revisión de
Enrique Faes Díaz

Marcial Pons Historia
2019

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
AGRADECIMIENTOS	11
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO 1. REY, PATRIA Y NACIÓN: CATALUÑA DEL ANTIGUO RÉGIMEN AL LIBERALISMO	27
El legado medieval: pluralismo cultural y tensión política	28
Cataluña bajo el absolutismo: centralización política y divergen- cia económica	39
Invasión napoleónica, liberalismo y territorialidad.....	59
Conclusiones.....	78
CAPÍTULO 2. CATALUÑA EN EL PROYECTO DE CONS- TRUCCIÓN DE LA NACIÓN ESPAÑOLA (1815-1868).....	83
La construcción del Estado y la nación española (1833-1868).....	84
Barcelona: la creación de una ciudad moderna.....	103
Liberalismo catalán, romanticismo y nacionalismo español.....	111
El nacionalismo español y la «Guerra de África» de 1860	130
Conclusiones.....	136
CAPÍTULO 3. LIBERALISMO, ROMANTICISMO Y CONSO- LIDACIÓN DE UNA IDENTIDAD CULTURAL CATALANA (1815-1874).....	139
El historicismo catalán y el movimiento romántico en Cataluña... ..	140
Lengua, nación y patria en la primera y segunda generación de románticos (1833-1860)	162

	<u>Pág.</u>
La lengua catalana y el auge del catalanismo (1860-1874).....	174
Conclusiones.....	184
CAPÍTULO 4. CENTRALIZACIÓN, DESCENTRALIZACIÓN Y CONSTRUCCIÓN DE UN REGIONALISMO POLÍTICO EN CATALUÑA (1815-1874).....	187
Proteccionismo, derecho civil y conflicto con el Estado español (1820-1856).....	187
El desarrollo de un regionalismo político (1850-1868).....	208
El auge del regionalismo católico y republicano (1850-1874).....	216
Cataluña durante el Sexenio Democrático (1868-1873).....	228
Conclusiones.....	233
CAPÍTULO 5. LA ALTA BURGUESÍA CATALANA Y EL ES- TADO (1875-1898).....	239
Construcción nacional, restauración monárquica y elites econó- micas catalanas.....	240
Intereses económicos catalanes, nacionalismo español, regiona- lismo y proteccionismo.....	248
La elite catalana, la Exposición Universal y la fiebre monumental de la década de 1880.....	257
El empresariado y las elites conservadoras en Cataluña: descen- tralización y regionalismo.....	266
Conclusiones.....	276
CAPÍTULO 6. LOS DIFÍCILES COMIENZOS DEL CATALA- NISMO LIBERAL (1875-1898).....	279
La ideología de Valentí Almirall.....	280
El Centre Català y la construcción de un movimiento catalanista.	293
El republicanismo, el modernismo y la izquierda urbana.....	311
Conclusiones.....	326
CAPÍTULO 7. LA DERECHA Y LA IGLESIA EN LA CONFOR- MACIÓN DEL NACIONALISMO CATALÁN (1875-1898).....	331
La oposición a Almirall por parte del catalanismo conservador (1875-1887).....	331
La Iglesia, la Lliga de Catalunya y las movilizaciones del catalanis- mo católico (1880-1892).....	340

	<u>Pág.</u>
La Unió Catalanista (1891-1898): autonomismo y regeneracionismo.	350
La Unió Catalanista (1892-1898): base social, evolución política y universo simbólico.....	366
Identidad española, nacionalismo español y la Guerra de 1898....	377
Conclusiones.....	383
EPÍLOGO.....	387
BIBLIOGRAFÍA	403
ÍNDICE ANALÍTICO	441

INTRODUCCIÓN*

Pocas cuestiones suscitan grados tan altos de controversia como las del nacionalismo y la identidad nacional. Según reconocía José Álvarez Junco en su principal trabajo sobre el nacionalismo español y la construcción nacional en el siglo XIX:

«El tema es, para qué engañarse, envenenado; se trata de un avispero en el que me he metido, en cierto modo conscientemente, porque es un reto intelectual y por sentido de deber cívico, pero también sin querer y no sin aprensión»¹.

Esta dificultad es consecuencia tanto de la trayectoria histórica de España desde el final del Antiguo Régimen como de los conflictos y tensiones actuales de carácter político y cultural. Desde principios del siglo XIX, los liberales españoles intentaron construir un Estado-nación unitario y bastante homogéneo desde el punto de vista cultural, en buena medida siguiendo el modelo de la Francia posrevolucionaria.

Este proyecto de construcción nacional chocó con otras voces que defendían una España culturalmente más plural y políticamente más descentralizada. Tal oposición provino de sectores

* Una nota sobre el idioma: el texto está en castellano, pero he mantenido las citas en catalán en su idioma original. He seguido la práctica habitual en Cataluña, adaptando las citas de protagonistas al catalán estandarizado.

¹ José ALVAREZ JUNCO (2001), p. 25.

cuyos análisis, aun presentando diferencias políticas e ideológicas que los hacían distintos entre sí, tenían varios elementos en común. En primer lugar, la derecha católica criticó la centralización liberal y exigió respeto a la identidad de las «provincias históricas» del país. En segundo término, los republicanos federales de izquierdas reclamaron la reconstrucción del sistema político español de abajo arriba y muchos de ellos hicieron especial hincapié en el papel que la región debía tener en el sistema político que proponían. Y los intelectuales comprometidos con su región o provincia histórica, por último, arguyeron también que su singularidad debía celebrarse y que su patrimonio cultural merecía ser valorado. Creían que el patriotismo español tenía que ser una amalgama de sus diversas partes y que el sentimiento patriótico regional podía servir para nutrir y fortalecer la identidad nacional española. En la mayor parte de España esta clase de sentimientos fueron compatibles con una lealtad general a la nación española. Sin embargo, al menos una porción de esta intelectualidad apoyó la descentralización administrativa como forma de defender los intereses locales y regionales, y, sobre todo en Cataluña y en el País Vasco, este sentimiento regional se intensificó o radicalizó, produciendo a finales de siglo la emergencia de movimientos nacionalistas autónomos opuestos al nacionalismo español.

Estos nacionalismos alternativos se robustecieron de manera considerable en las cuatro primeras décadas del siglo XX, lo que cambió por completo la dinámica cultural y el conflicto político en España. Las izquierdas republicana y socialista, aunque incómodas con los discursos y los movimientos regionalistas y nacionalistas «periféricos», mostraron su disposición a pactar. Así pudo verse durante la Segunda República, con la concesión del Estatuto de Autonomía a Cataluña en 1932, y en octubre de 1936, cuando al poco de iniciarse la Guerra Civil los nacionalistas vascos obtuvieron también la recompensa autonómica por su apoyo a la República. Sin embargo, el auge de estos «nacionalismos periféricos» provocaría una violenta reacción por parte de la derecha española, cuya máxima expresión es la dictadura de Francisco Franco entre 1939 y 1975. Durante este periodo se restauró el centralismo, y el uso de los idiomas catalán, vasco y gallego permaneció

ció (al menos hasta la década de 1960) prácticamente confinado a la esfera privada.

Esta situación suscitó una respuesta anticentralista, y durante la Transición se expresaron demandas regionalistas y nacionalistas desde todos los rincones del país. En consecuencia, en 1978 se alcanzó un acuerdo para descentralizar España a través de la construcción del «Estado de las autonomías», pero aun así las tensiones subsistieron y se han agudizado estos últimos años. Desde la década de 1980, el nacionalismo español se ha rearmado y el gran partido de la derecha española, el Partido Popular, si bien ha asumido el Estado autonómico, ha procurado reconstruir una identidad nacional española más uniforme. En paralelo, en Cataluña se ha desarrollado un descontento por la falta de reconocimiento de su estatus de nación en la Constitución de 1978, así como por la transferencia de recursos fiscales al Estado central.

Entre 2000 y 2004, con el Partido Popular en el poder, este malestar devino con frecuencia en agrias disputas sobre la lengua en la que los alumnos debían recibir clases en Cataluña y el lugar de la historia «regional» y «nacional» en los programas de estudios. El regreso del PSOE al ejecutivo en 2004 sirvió para calmar las aguas, sobre todo en la medida en que decidió apoyar un nuevo Estatuto de Autonomía para Cataluña. Sin embargo, el impacto de la crisis económica de 2008 y la decisión del Tribunal Constitucional de anular algunos artículos del nuevo Estatuto en julio de 2010 elevaron la tensión hasta nuevas cotas y se asistió al crecimiento del separatismo, situación que empeoró con la vuelta al Gobierno del Partido Popular en noviembre de 2011. Tras el intento fallido de negociar una nueva relación fiscal entre Cataluña y España a partir del modelo vasco, el *president* Artur Mas condujo a su *Govern* a una vía independentista. Como es sabido, el intento de organizar un referéndum de independencia terminó por arruinar las relaciones entre el Gobierno autonómico catalán y el ejecutivo central, además de provocar la aplicación del artículo 155 de la Constitución en Cataluña. Esta disputa ha venido acompañada de frecuentes polémicas en los medios de comunicación sobre cuestiones como la escuela, la prohibición de los toros en Cataluña o los silbidos al himno nacional español y a los reyes por parte de los aficionados del Fútbol Club Barcelona y el Athletic

de Bilbao². Desde 2012 hemos presenciado, asimismo, una guerra de banderas, con la aparición de gran número de insignias independentistas en los balcones catalanes y de banderas rojigualdas en los de un significativo número de habitantes en otras partes de España (y algunas en los pisos de los catalanes más inclinados hacia el nacionalismo español). La «bandera sin desplegar» de Michael Billig, uno de los componentes importantes del «nacionalismo banal»³, ha sido sustituida por un nacionalismo beligerante envuelto en banderas físicas.

Tal como advertirá enseguida cualquier persona que se precie de estar informada sobre la cuestión nacional en España, estas concepciones enfrentadas sobre el estatus nacional han repercutido en el estudio académico del nacionalismo. En el lado catalán, algunos autores han tendido a considerar España como opresora de Cataluña a lo largo de todos los periodos de su historia. Desde el otro campo, en cambio, se ha sostenido que la disputa se da entre «nacionalistas» catalanes y «no nacionalistas» españoles, y no entre nacionalismos rivales (versión que, de ser cierta, ofrecería como curioso resultado una nación española construida por gente que no es nacionalista). Habría, además, una proclividad en algunos sectores a ver la génesis y el apogeo del nacionalismo catalán solo en términos de manipulación por parte de las élites desafectas. Tal vez el hecho de haber nacido en Inglaterra pueda ayudarme a ofrecer un relato más equilibrado, aunque debo advertir desde ya que viví en Barcelona la mayor parte de los años ochenta y sigo manteniendo lazos estrechos con esta tierra.

Este libro se ocupa de dos importantes aspectos de la «cuestión nacional» en España. En primer lugar, se estudiará cómo se incorporó Cataluña al proceso de construcción nacional en España entre el último tercio del siglo XVIII y la Revolución de 1868. A continuación se analizarán las causas que subyacen en la inten-

² Para las polémicas entre 1996 y 2004 véase Javier TUSELL (2004). Para un panorama general de la cuestión nacional en España a partir de la democracia véase Sebastian BALFOUR y Alejandro QUIROGA (2007). Para el reciente giro separatista véase, por ejemplo, Andrew DOWLING (2018).

³ Michael BILLIG (1995).

sificación de los planteamientos regionalistas en Cataluña desde mediados del siglo XIX y el surgimiento de una ideología específica nacionalista hacia los años finales de la década de 1880. Al objeto de cumplir esta tarea, conviene precisar el sentido de algunos de los términos que emplearemos, toda vez que los estudios sobre el regionalismo en la Cataluña decimonónica, el catalanismo y el nacionalismo catalán se han visto muy afectados por el «caos terminológico» que con tanta contundencia ha criticado Walter Connor⁴. Y también será necesario matizar las definiciones utilizadas por los teóricos del nacionalismo. Para que un estudio de caso teóricamente fundamentado resulte útil, debe establecer un diálogo entre las teorías generales y las ideas y datos empíricos que surgen de la propia investigación.

Los teóricos coinciden en designar como elemento nuclear de la identidad nacional la conciencia de afinidad mutua entre personas de una unidad territorial dada («comunidad imaginada», en expresión de Benedict Anderson), mientras que la ideología nacionalista se basa en el supuesto de que cada nación debe, en la medida de lo posible, tener su propio Estado independiente⁵. Una serie de historiadores y científicos sociales han subrayado que entre la Baja Edad Media y la primera modernidad surgió en los grandes Estados-nación de Europa occidental lo que se suele llamar una «identidad patriótica». Destacan, sobre todo, el hecho de que se fueron conformando Estados más fuertes, a los que poco a poco se subordinaron la aristocracia feudal y la Iglesia. A partir de ahí sostienen, de una parte, que las elites del reino o núcleo dominante de la dinastía (autorrepresentado como grupo étnico con unas raíces en común) se identificaron con su Estado y, por otra, que la religión fue politizada y utilizada por estas elites para movilizar a la población tanto a favor como en contra de la casa reinante. Fue en este contexto donde apareció la afirmación de que la «nación» representaba «el pueblo elegido» por Dios, estableciendo de esta forma un vínculo entre fe y nación, y fue también en este marco donde se elaboraron las visiones es-

⁴ Walker CONNOR (1994c), pp. 89-117.

⁵ Benedict ANDERSON (1991), p. 6.

tereotipadas del carácter nacional⁶. Además, se ha señalado que también durante los siglos XV y XVI, en una Europa formada por lo que con John Elliott llamaremos «monarquías compuestas»⁷, podía existir un apego patriótico en los distintos reinos que comprendían la Monarquía, en especial si estos conservaban una presencia institucional.

El afecto patriótico se vería más tarde fortalecido con la idea, alentada por la Ilustración ya en el siglo XVIII, de que era un deber de los hombres trabajar en pos del bien de la nación bajo la benevolente mirada del monarca. Pero a finales de esa centuria se produjeron dos acontecimientos decisivos que, según numerosos estudiosos, originaron la ideología nacionalista moderna. En primer lugar, bebiendo de las fuentes del pensamiento ilustrado y más en concreto de los escritos de Jean Jacques Rousseau, los revolucionarios franceses afirmaron que era el pueblo, y no la Corona, la Iglesia o la alta aristocracia, quien constituía el fundamento de la nación, por lo que el ejercicio del poder debía basarse en la «soberanía nacional». A este principio añadieron que las naciones debían ser políticamente soberanas⁸. En segundo término, surgieron corrientes antiilustradas que ligaban el pueblo y la nación a la tradición y, en el mundo católico, a la fe verdadera. Johann Gottfried von Herder y los románticos alemanes tuvieron una particular influencia al desarrollar, desde la década de 1760, la idea de que la gente de cada nación tenía una cultura propia y un «espíritu» específico, expresado a través del idioma⁹. A resultas de estos planteamientos se producirá un cambio de paradigma respecto a los discursos patrióticos anteriores, y los nacionalistas modernos insistirán entonces en que la lealtad a la nación debe prevalecer sobre cualquier otra¹⁰.

⁶ Para un estudio general que incluye un análisis del Imperio Habsburgo véase Anthony W. MARX (2003). Para el papel de las elites de lo que Anthony D. Smith denomina el «grupo étnico central de la Monarquía» véase Anthony D. SMITH (1986).

⁷ John H. ELLIOTT (1992).

⁸ Eric HOBBSBAWM (1990), pp. 14-21.

⁹ Así se analiza con cierta profundidad en John BREUILLY (1983), pp. 54-71.

¹⁰ Es lo que aparece subrayado, por ejemplo, en *ibid.*, p. 3, y Eric HOBBSBAWM (1990), pp. 9-10.

Hasta hace poco los investigadores tendían a sostener que estas corrientes representaban concepciones de la nación excluyentes entre sí: una visión liberal «cívica» y una concepción antiliberal más «cultural», «étnica» u «organicista», germen, respectivamente, de los nacionalismos progresistas y conservadores¹¹. No obstante, en los últimos veinte años se ha ido subrayando cada vez más que ambas concepciones han tendido a entrelazarse. Los nacionalistas liberales, en particular, enfatizaban que la nación era una comunidad política de ciudadanos y al mismo tiempo se valían de la idea de que cada nación tenía su lengua y cultura propias, de profundas raíces históricas¹². Estas reflexiones son importantes, pues explican por qué en el siglo XIX los gobiernos e intelectuales de inspiración nacionalista emprendieron el proyecto de nacionalización con tanto entusiasmo. El pueblo, se argumentaba, tenía que ser instruido en el idioma oficial normalizado, conocer la gloriosa historia y cultura de la nación, y, en esta tarea, amar su tierra y, si fuera necesario, sacrificarse por ella.

Sin embargo, la ideología nacionalista no solo legitimaba una nacionalización guiada desde el Estado. También se ha subrayado que este discurso podía utilizarse para defender que cuando los habitantes de un determinado territorio se consideraban oprimidos por un poder extranjero tenían el derecho a subvertir ese poder y construir su propio Estado (o, como mínimo, a alcanzar la autonomía política) para lograr la autodeterminación y preservar su lengua y su cultura. Los nacionalistas culturales serán protagonistas en estos movimientos. En sus filas se enrolarían intelectuales: autores de narraciones en las que se fijarían las raíces de la nación, amén de mitos, tradiciones y costumbres que habían conformado su esencia, y junto con ellos novelistas, poetas, músicos y pintores que cristalizarían estas visiones de una forma imaginativa y tangible. A estos intelectuales se les añadirían a nivel local elementos de las clases medias ilustradas, que a través de asocia-

¹¹ El estudio clásico es el de Hans KOHN (1944).

¹² Para Europa, por su carga empírica, yo destacaría la importancia de Timothy BAYCROFT y Mark HEWITSON (eds.) (2006).

ciones culturales y de excursionistas, de revistas, boletines y periódicos difunden y popularizan estas ideas¹³. Por lo demás, movimientos con esta orientación buscaron apoyo entre capas más amplias de la población y llevaron su lucha al terreno político¹⁴. Hay que tener presentes todas estas observaciones a la hora de analizar los orígenes del nacionalismo catalán.

Nuestra comprensión de la ideología nacionalista y de los movimientos a los que esta dio lugar se basará en estas ideas. De todos modos, es importante subrayar que existe una importante laguna en la mayor parte de los estudios clásicos sobre el nacionalismo elaborados entre los años 1960 y 1980: se centran en el nacionalismo, pero tienen poco o nada que decir acerca del regionalismo. Como ha señalado Celia Applegate, la tendencia a centrarse en el Estado-nación, combinada con la tesis de teóricos «modernistas» según la cual a lo largo del siglo XIX las naciones fueron volviéndose de forma progresiva más homogéneas desde el punto de vista económico, político y cultural, son factores clave para explicar el limitado interés por el regionalismo y la historia regional con anterioridad a la década de 1980¹⁵. Pero desde entonces, una serie de historiadores se han preguntado con más detenimiento cuál fue la relación entre identidades regionales y nacionales en la Europa contemporánea. Sus investigaciones han puesto de relieve que la identificación con la región tiene también sus raíces en la Europa medieval, y que en el siglo XIX se asistió a la construcción de sólidas identidades regionales. En la mayoría de estas obras se ha enfatizado el modo en que las tradiciones locales y regionales pudieron complementar e incluso reforzar un

¹³ Este es un tema sobre el que se ha escrito mucho. Véase, por ejemplo, John HUTCHINSON (1987), pp. 81-104.

¹⁴ John BREULLY (1983), p. 3. No obstante, son pocos los investigadores que aceptan la tesis de Breully acerca de que el término «nacionalismo» debiera restringirse a estos grupos de oposición.

¹⁵ Celia APPLGATE (1999), pp. 1157-1182. Para un resumen de la visión de los teóricos «modernistas» del proceso de construcción nacional véase Anthony D. SMITH (2009), pp. 4-8. En su obra *National Identity*, Smith ya advirtió que los nacionalistas no buscaban una uniformidad cultural completa y que en algunos contextos (él menciona Suiza, Alemania e Italia) se permitió el desarrollo de instituciones regionales. Véase Anthony D. SMITH (1991a), p. 146.

sentido de pertenencia nacional. Y se ha observado con frecuencia que, en general, los regionalistas tuvieron que situar la lealtad a la nación por encima de la destinada a su propia región para que esta desempeñara esa función¹⁶.

Además, hay otra cuestión a tener en cuenta. Los estudios sobre los movimientos nacionalistas de las llamadas «pequeñas naciones sin Estado» en la Europa decimonónica tienden todavía a realizarse por separado de los análisis de la identidad regional. Y ello a pesar de que, tal y como John Breuilly y Miroslav Hroch han reconocido en alguna ocasión en sus estudios sobre estos movimientos en el centro y este de Europa, no todos ellos tomaron al principio una postura claramente nacionalista¹⁷. Esto indica que la frontera entre regionalismo y nacionalismo no está tan definida como a menudo se supone. En el caso español, Xosé Manoel Núñez Seixas ha observado que el regionalismo, en determinadas circunstancias, puede intensificarse y enarbolar la bandera de un nacionalismo alternativo y entrar en conflicto con el Estado central¹⁸. Este fue el caso en Cataluña y el País Vasco, donde los movimientos regionalistas fueron radicalizándose poco a poco. Pese a todo, como sucedió en el centro y este de Europa, en especial en el caso catalán pudo persistir cierta ambigüedad, y parte de sus simpatizantes pudieron adoptar algunos de los rasgos que como norma asociamos al nacionalismo.

Estas consideraciones son de crucial importancia para nuestro trabajo. Tales perspectivas ideológicas y culturales intermedias fueron comunes en Cataluña, como veremos, en el siglo XIX. Así, en la década de 1850 apareció lo que hemos llamado un «regionalismo conflictivo», elaborado por «regionalistas radicalizados», cuyos partidarios criticaron muchos aspectos de la narrativa nacional elaborada desde el centro. Más adelante, a finales de los años sesenta, apareció el término «catalanista» para iden-

¹⁶ Just AUGUSTEIJN y Eric STORM (eds.) (2012). Además, Umbach ofrece un excelente estado de la cuestión en Maiken UMBACH (2006), pp. 63-80.

¹⁷ John BREUILLY (1983) y Miroslav HROCH (1985).

¹⁸ Xosé NÚÑEZ SEIXAS (2001), pp. 483-518.

tificar a un grupo de jóvenes profesionales que, aun defendiendo que la nación era España, querían que se aceptase el catalán como idioma funcional en la esfera pública, en general, y en la alta cultura, en particular, y defendían la construcción de una esfera cultural catalana autónoma. Al final surgió un movimiento nacionalista en las postrimerías de la década de 1880, pero este luchó por un alto grado de autonomía política y no por la independencia total (incumpliendo de ese modo lo que, por lo general, se toma como una de las características determinantes de los nacionalistas: la demanda de un Estado propio). Y en los años siguientes colaboraron entre sí, en muchos aspectos, nacionalistas catalanes, catalanistas y «regionalistas radicalizados», y el término «catalanismo» sirvió para englobarlos a todos. Este hecho me lleva a defender que las ideologías regionalistas y nacionalistas no deben contemplarse como compartimentos estancos o polos sin contacto, sino como un continuo permeable a influencias mutuas. El regionalismo puede radicalizarse y, al hacerlo, tomar un número creciente de elementos por lo común asociados a la ideología nacionalista.

Sea como fuere, es importante remarcar que el paso del regionalismo al nacionalismo no ha de verse como algo inevitable. Lo demuestra con claridad el hecho de que, en la mayoría de los casos, las identidades regionales de la Europa occidental han sido compatibles con una identidad nacional más general. Por desgracia, mucha de la literatura en Cataluña adolece de la tendencia a adoptar un enfoque «primordialista» y a ver la génesis del nacionalismo catalán conforme a un diseño más bien teleológico. Esta perspectiva fue desplegada por los propios nacionalistas catalanes desde finales del siglo XIX. Entendían que los orígenes de la nación catalana enraizaban en la lucha de los guerreros cristianos contra los «ocupantes» musulmanes de lo que es la Cataluña moderna, y describían la intensificación regionalista y el posterior surgimiento del nacionalismo como un «renacimiento» de la nación catalana medieval. Siguieron el esquema historicista utilizado por los nacionalistas europeos del siglo XIX, el cual postulaba que las naciones hundían sus raíces en un pasado remoto, que había existido una edad dorada tras la que

llegó la decadencia y que los patriotas tenían que despertar a la nación de su letargo¹⁹.

Por otro lado, en la interpretación de los nacionalistas catalanes subyacía la presunción de que los hombres que animaban el «renacimiento» de la tierra encarnaban el «espíritu» catalán, que operaba como un *deus ex machina* en el que podía confiarse la salvación de la nación en época de dificultades. Semejante enfoque es reconocible en los escritos del primer historiador importante del nacionalismo catalán, Antoni Rovira i Virgili²⁰, y aún pudo apreciarse en la obra de la generación de teóricos literarios activos en la segunda mitad del siglo XX. Son esclarecedores en muchos sentidos, por ejemplo, los trabajos de Jordi Rubió i Balaguer, quien, sin embargo, pudo afirmar que lo que él veía como un renacimiento de la lengua y la cultura catalanas desde finales del siglo XVIII estaba impulsado por «l'evolució biològicament normal de l'ànima del país»²¹. Incluso Jaume Vicens Vives, que revolucionó la historiografía catalana desde finales de la década de 1950 al importar desde Francia las aportaciones metodológicas de la Escuela de los Anales, hizo alguna referencia puntual al «espíritu» catalán²².

Estas referencias explícitas al «espíritu» no se encuentran en las obras de los historiadores catalanes más recientes, pero tengo la impresión de que ese fantasma sigue sobrevolando las interpretaciones de algunos de ellos. De esta manera, hay un énfasis

¹⁹ Anthony D. SMITH (1991a), pp. 20-21 y 66-67. Este tipo de perspectiva teleológica puede encontrarse hasta cierto punto, por ejemplo, en Jaume VICENS VIVES (1980), Josep TERMES I ARDEVOL (2000), Albert BALCELLS (1995) y Josep R. LLOBERA (1994 y 2004). Tales visiones no se limitan a historiadores catalanes. Puede detectarse un teleologismo subyacente en Horst HINA (1986). No pretendo reclamar originalidad en mi crítica a los discursos teleológicos. Comentarios similares pueden leerse en historiadores como Joan-Lluís Marfany, Àngel Duarte y Genís Barnosell. Para un ataque contundente al primordialismo véase Jack David ELLER y Reed M. COUGHLAN (2001), pp. 183-201.

²⁰ Antoni ROVIRA I VIRGILI [1983 (1936)].

²¹ Jordi RUBIÓ I BALAGUER (1986), p. 296.

²² Por ejemplo, sostiene que la decisión tomada en 1842 de derribar la fortaleza militar de La Ciudadela representó «un dels primers símptomes del renaixement de l'esperit català» y afirma que el Código Civil propuesto por el Gobierno en 1851 era «una estocada a mort contra una de les facetes específiques de l'ànima catalana». Véase Jaume VICENS VIVES (1980), pp. 253 y 263.

frecuente en el «renacimiento» o «recuperación» de la lengua y la literatura catalanas y hasta del sentimiento nacional catalán²³. Creo que puede decirse que la identidad catalana tiene raíces étnicas que son rastreables hasta la época medieval y, en consecuencia, que el caso catalán avala el enfoque «etnosimbólico» de teóricos del nacionalismo como Anthony D. Smith o John Hutchinson, quienes subrayan los orígenes étnicos de la identidad nacional moderna²⁴. Además, es cierto que los catalanistas y los nacionalistas se inspiraron en las luchas de sus antecesores de los siglos XVII y XVIII, y, de modo muy general, bien puede decirse que tanto ellos como sus antepasados tuvieron el objetivo de limitar el poder del Estado central y obrar con cierto grado de autonomía. Ahora bien, sus demandas políticas y culturales eran muy distintas. En el siglo XVII y a principios del XVIII el propósito era defender las libertades y privilegios disfrutados según cada estrato social concreto. En este caso, los grandes protagonistas fueron la aristocracia, la Iglesia y las oligarquías urbanas, aunque los comerciantes y los artesanos también tenían voz en el gobierno municipal. En cambio, en el siglo XIX, amén de en la descentralización regional o la autonomía política, el acento se puso en promover la lengua y la cultura catalanas. Es muy difícil aducir que estos propósitos representasen una simple continuación de los anteriores y que se pueda, por tanto, hablar de un «renacimiento» nacional catalán. Asimismo, aunque sea cierto que la existencia de instituciones políticas específicas en Cataluña durante la Edad Media y las luchas contra el absolutismo para defenderlas hicieron más probable la aparición de un movimiento nacionalista en el siglo XIX, de ningún modo lo convierte en algo inevitable. Así lo confirman los casos de Valencia y Aragón, integrantes de la Corona de Aragón junto a Ca-

²³ Véanse, por ejemplo, Manuel JORBA (1984), p. 147; Josep FONTANA (1994), p. 17, y Carola DURAN I TORT (2001), p. 10.

²⁴ Véase la síntesis de Anthony D. SMITH (2009). El componente clave de la comprensión moderna de etnicidad es que los miembros de un grupo étnico comparten la creencia (que puede ser completamente errónea) de que tienen raíces compartidas. Sin embargo, lo que debe recalcar es que en el mundo moderno las identidades premodernas son asimiladas muy a menudo por identidades nacionales de ámbitos geográficos más amplios.

taluña durante la Edad Media, en los que no se desarrolló ningún movimiento nacionalista significativo en el siglo XIX.

En este estudio adopto un enfoque «constructivista», el cual requiere reconocer que las naciones se construyen mediante la utilización de mitos, símbolos y tradiciones que son rehechas, reformuladas y reinterpretadas de acuerdo con necesidades y objetivos del momento²⁵. Defiendo que a finales del siglo XVIII y principios del XIX existía una noción de identidad común entre las elites culturales y políticas catalanas. Compartían la misma lengua vernácula, una memoria de autogobierno y mitos históricos ancestrales. La cuestión que me interesa es por qué entre la década de 1770 y la de 1840 estuvieron más que dispuestos a reelaborar esa herencia en una clave discursiva «provincialista», primero, y «regionalista», después, mientras que a partir de la década de 1850 algunos sectores de la elite cultural empezaban a tomar una postura mucho más afirmativa que cuestionaba casi todos los aspectos del discurso nacionalista español desplegado desde el centro y de la que, hacia finales del siglo, surgirá un nacionalismo alternativo. A menos que uno crea que las razones se encuentran en la marcha progresiva y ascendente del «espíritu» catalán, estas deben hallarse en el propio siglo XIX. Tal es la cuestión nuclear de la presente obra, y al responderla espero también contribuir a una comprensión más precisa de la relación entre el regionalismo y el nacionalismo en el mundo moderno.

²⁵ Tomo prestado el término de Umut ÖZKIRIMLI (2000), pp. 217-218. Para un examen bien elaborado de la cuestión en el contexto español véase Carlos SERRANO (1987), pp. 10-18.